



Miguel Arteche

Mapas de otro mundo

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Miguel Arteche

Mapas de otro mundo

Prólogo

Si Ud., dichoso(a) lector(a), tiene en las manos este libro y se dispone a leerlo, es porque - supongo- lo ha comprado. Lo(a) felicito. En primer lugar, porque poder comprar un libro en estos momentos es como encontrarse la Virgen amarrada en un trapo. Y en segundo lugar, porque usted ha tenido la suerte de que yo lo haya escrito.

Estoy seguro que su fino olfato de buen lector(a) habrá ya captado que se trata de un libro de cuentos. Y esto, que parece obvio, no lo es tanto, pues desde hace algunos años ya nadie sabe lo que es un cuento, y algunos escritores, de éste y de otros pagos, llaman cuento a cualquier porquería. Estos cuentos, los míos, tienen cabeza, tronco y extremidades, y dentro todo aquello que necesita tina criatura para ser viable. Por lo menos es lo que yo pienso, y si al terminar de leerlos ocurre que no es así, mala suerte para usted.

Luego, vale la pena que usted sepa, si no lo sabe, que se trata de cuentos escritos por un poeta, y suele pensarse que un poeta tiene que escribir cuentos poéticos, cosa que nadie sabe lo que es, ni siquiera los profesores de literatura.

Algunos seres de este mundo y del otro tienen la cabeza llena de archivos, y, por lo tanto, de clasificaciones, y afirman que un poeta no puede, ni debe, escribir buenos cuentos, un novelista buenos poemas, un cuentista excelentes novelas y un ensayista notables novelas. Piensan que cada cual a lo suyo: un poeta, a la poesía; un novelista, a sus novelas; un ensayista, a sus ensayos; y un economista de la nueva ola, a sus cuentos.

Si todo esto es cierto, como parece que lo es, quiero advertir que los comencé a escribir hacia 1968, mientras desempeñaba el cargo de agregado cultural de la Embajada de Chile en Madrid. El último cuento data de 1975. Advierto, además, que los creé porque me dio la gana, y me entretuve una barbaridad con ellos. Y este es un buen punto de partida. Pues si el cuentista no se entretiene al escribir sus cuentos, yo no sé quién se va a entretener con ellos.

Tomando en cuenta, pues, inteligente lector(a), que usted no tiene la cocusa, vulgo cabeza, llena de archivos y clasificaciones, debe enterarse que soy geminiano y es muy posible que en estos cuentos, como en mi última (y disparatada) novela, me haya descargado a través del humor, la ironía y otras delicadezas de la, tensión dramática de mi poesía.

Hay, en mí, un duende que viene de las profundidades de la tierra, y otro desciende sobre mi azotea desde las más altas esferas. Un duende trágico y otro travieso. En este libro -salvo, por ejemplo, en "El hombre visible" y en "Fillo de Rucamanqui"- gana el duende travieso, que, a veces, es irónico, sarcástico y ácido, sobre todo en los dos cuentos del terrible (y benévolo) corolo, que recomiendo leer seguidos; y en "Mapas del otro mundo" (que, escrito en 1969, parece una profecía; o en "El misterio del marqués inminente", en el cual, como decía el gran Edwards Bello, se confirma aquello de que la imaginación de los genealogistas es tan prodigiosa, que "por dinero pueden hacer que un choricero analfabeto descienda en línea recta de los Reyes Magos".

Y sobre todo -admirado(a) lector(a), admirado(a) crítico(a); admirado(a) catedrático(a)-, al terminar de leer y gozar estos cuentos, no diga, por favor, que soy mejor poeta que cuentista. Olvídese que soy un notable poeta. Sea lúcido, y cuénteles a su amigo: "Yo no sabía que Arteche fuera capaz de escribir tan buenos cuentos". Y ríndame, después, un homenaje silencioso. O, si prefiere, público.

Pero si luego de leer estos cuentos cae en un profundo sopor, agradézcamelos al despertar, pues habré, así, contribuido a aliviar sus numerosas tensiones, y habré descubierto que puede venderse (el libro) como hipnótico en las mejores farmacias de esta copia -así decían- feliz del Edén.

La mujer desangrada

Cuando la Mujer Desangrada entró, nos vimos enceguecidos por una luz tan vívida como la que produjo la bomba de Hiroshima. Todos tratamos de mirarla. Nuestras caras tenían aspectos espectrales y nos observamos con estupor nuestras manos. Me volví al Maestro de la Inyectiva, don Félix Palissa, que, copa en ristre, sonrisa sardónica, tic en el ojo izquierdo, estaba a mi lado. Cogió su antebrazo derecho, se lo apretó, y le dije casi en murmullo:

-¿Qué ocurre, Maestro?

El Maestro de la Inyectiva me guiñó un ojo, me llevó a un rincón, cerca de donde se hallaba don Benicio Carretas, ex-Bi Hombre Público, y me susurró:

-Creo que acaba de entrar un ánima en pena.

La luz que nos envolvía, cegándonos, se desvaneció poco a poco. Entonces nos miramos. Allí estaba la Mujer Desangrada. Presentaba sus respetos a los dueños de casa.

-¿Qué pasa, Maestro? ¿Es qué estamos muertos? Voy a pellizcarme.

Me pellizqué. No soñaba. ¿Quién era esa mujer? Alma en pena, pensé: pálido espectro, pared blanqueada, diluvio de arroz, cal con cejas.

-Mujer es, aunque espectro -dijo Palissa.

Los dueños de casa se estremecieron. Ahora se la veía mejor: menuda, inconsútil, melindrosa, transparente: se la llevaba la blancura.

-Ha sufrido el ataque de un vampiro -observó Félix.

-Es la relacionadora pública de Drácula -agregué.

-Acaba de desayunar con Bela Lugosi -aclaró Palissa.

Luego entró el Marido. El Marido de la Mujer Desangrada era algo sanguíneo, bermeja la nariz, tenía el cráneo fetal, los ojos impávidos, las gafas corridas y el gesto bovino. El Maestro de la Inyectiva sonrió: torció los labios, y me sopló por el lado izquierdo, entubando la voz:

-Es el bobo metafísico -aclaró.

El Marido se acercó. Temblamos. Saludó y balbuceó: -Las sábanas... -murmuró con voz atiplada-, las sábanas. ¿Quién me robó las sábanas?, ¿dónde están mis sábanas?

Miré de reojos a Palissa. El Maestro sesgó el ojo izquierdo. ¿De qué sábanas se trataba? ¿Quién le había robado las sábanas? ¿Qué podíamos hacer para recuperar esas sábanas?

El ex-Bi Hombre Público aguzó su cara de rinoceronte y exclamó:

-¡Cuando yo fui Bi Hombre Público!

Palissa interrumpió:

-Y a mí qué coño me importa que usted haya sido Bi Hombre Público. Lo que importa ahora, señor Bi, es encontrar las sábanas perdidas de este señor.

-Sí -musitó el Marido-: mis sábanas, quiero mis sábanas, ¿dónde están mis sábanas? ¡He perdido a mi mujer!

El Maestro de la Inyectiva soltó un regüeldo. Compuso el gesto y preguntó:

-¿Qué tienen que ver sus sábanas con la pérdida de su mujer?

El Marido bajó la voz, estremeciéndose, y dijo:

-Mis sábanas, señor. Y con lo que yo quiero a mi mujer. Imagínese usted.

El ex-Bi Hombre Público enarcó el pecho, se tocó unas invisibles condecoraciones, ahuecó la voz con tono de buey protector y gimoteó:

-¡Ay, cuando yo fui Bi Hombre Público!

El Marido prosiguió:

-He perdido a mi mujer para siempre. Me han robado las sábanas. No puedo verla. Dicen que está aquí, señor, en esta casa, pero no la veo. Mis sábanas...

Su voz trocóse en lamento. Lloró. Se le cayeron las gafas. Se le encendió el semáforo rojo de la nariz.

-Mis sábanas, señores. Algún malvado me las ha robado. ¡Mis sábanas negras! ¡Las sábanas negras de mi cama matrimonial: sólo con ellas puedo ver a mi mujer. . .!

Y cayó cuan bobo era a nuestros pies.

El misterio del marqués inminente

Los ciudadanos de la República de Cinta son personas sencillas, sin mayores aspavientos, dadas, en sus momentos de melancolía, a decir que nunca ha existido república tan democrática ni tan republicana como la República de Cinta. Hablan, los cinteños, con voz que raya en falsete y creen que en todo el planeta se sabe, y se admira, la cultura cívica cinteña.

Cuando algunos cinteños llegan a Sansueña, suelen molestarse por el eterno anocheecer que allí reina, o porque los sansueñenses hablan muy alto, o porque suelen llamar al pan, pan y al vino, vino, y se ciscan en el antedicho sufragio universal. A cada cual lo suyo, decía un mi abuelo sansueñense, y allá los cinteños con su sistema bicameral y su Presidente, que es elegido cada cinco meses. Y allá los otros, los felices y pacíficos sansueñenses, los cuales disfrutaban de un Rey que lleva cincuenta años en el trono -fue coronado a los diez-, y piensa existir hasta los noventa, que fue el tiempo que vivió su padre o hasta los ciento diez, que aseguran aguantó su abuelo. Sansueñenses y cinteños se admiran profundamente, sobre todo cuando aquéllos no aseguran que la monarquía gerontológica es lo mejor que como sistema se da en la tierra, y éstos no mencionan las delicias del sufragio universal.

Pero todo esto puede ser sólo apreciación personal y nada más, fruto de algunas observaciones hechas por un viajero que, a lo largo .de algunos años, ha conocido aquel reino y aquella república. Es, sí, cierto, lo que de ambas naciones se escribe en el Anuario Crematístico del Planeta. De Sansueña dícese, por ejemplo, que ya sobrepasó el límite del subdesarrollo para entrar en el camino, feliz y armonioso, de las naciones desarrolladas, cuya meta es que todos vivan orondos y lirondos, sin problemas, atentos sólo al dulce no hacer nada. De la República de Cinta obsérvase que, luego de pasar por sucesivas

revoluciones conservadoras, ha llegado al borde del despegue, lo cual revelaría que antes los cinteños estaban pegados.

Pero por muy amigos que sean sansueñenses y cinteños, lo cierto del caso es que se diferencian en que aquéllos tienen guardados, como oro en paño, duques, condes y marqueses, y los cinteños estiman que los únicos méritos son los que provienen de la inteligencia y la honradez. Eso es lo que me relató el viajero, pero no debió haberse informado bien, pues luego de hacer algunas averiguaciones descubrí que los cinteños conservan, en lo más profundo de sus corazones, un respeto profundo por los títulos de nobleza.

Hojeando cierto día la *Breve historia de la República de Cinta*, leí, en la página dos mil quinientas cuarenta y seis del tomo ciento cuatro, que el primer decreto del Fundador de la República comenzaba así: "En la República de Cinta no podrá usarse, so pena de inmersión en agua regia y cercenamiento testicular, aquellos jeroglíficos que anuncian la nobleza de los antepasados, nobleza que muchas veces es conferida en retribución de servicios inconfesables que abaten la dignidad humana. Esta República no reconoce más dignidad ni da más honores que aquellos que brotan de la virtud y el mérito". Estas claras palabras desataron violentísimos ataques: procedían de aquellos cinteños que aún sentíanse ligados a Sansueña, pues debo aclarar que en aquel tiempo Cinta acababa de independizarse de Sansueña, y el Fundador, además, se disponía a dictar otro decreto en el que se abolía de raíz la caza con neblí y azor, por considerarla atentatoria contra la dignidad de la pajarería. Y así fue el despotricar contra el Fundador, el tacharlo de resentido y acomplejado social, el echarle en cara su bastardía. Quinientos años más tarde, los cinteños, a escondidas, colgaban de los muros de sus casas tapices con escudos bordados, y se pirraban, secretamente, por títulos nobiliarios que venían a negociar y comprar en Sansueña, después de interminables juicios y contrajuicios en los que dilapidaban sus fortunas. El viajero me dijo que no se explicaba que republicanos conscientes de su republicaneza corrieran desatados y acezantes en busca de condados y marquesados. Y cuando le observé que al adquirir tales títulos violaban un decreto fundacional de la República, me aseguró que eso era lo de menos, pues muchos Presidentes habían casado a sus hijas con nobles sansueñenses.

¿Qué puede, pues, pensarse de un aspirante a marqués republicano? ¿Qué de sus deseos de verse coronado con escudo, cimera y lambrequín? ¿Qué de sus arrestos aristocráticos si consideramos que el Fundador de Cinta fue cualquier cosa menos noble? ¿Qué de sus visitas al Monarca de Sansueña y al Ministro de la Otorgación para pedirles que fuera atendida su petición que arrastrábase por más de veinte años en los despachos otorgacionales del Reino? ¿Qué de las carcajadas que estallaron en las dos mil oficinas del Ministerio de la Otorgación, cuando los burócratas se enteraron que un republicano deseaba ser marqués, por muy legítimos que fueran, al parecer, sus derechos, lo cual estaba por verse? ¿Qué pensar de una persona que, vista de costado, producía atroz simpatía por su inminente joroba, su escoliosis aflorante y sus enormes nalgas? Don Florencio Butapichón Charnela -así se llamaba este aspirante, que vivía de sus rentas en Sansueña- era, además, un as de la palabrota republicana, y poseía una hermosa voz de flauta que lanzaba sobre varios metros a la cuadrada.

Florencio Butapichón Charnela guardaba secretamente sus ansias heráldicas, habida cuenta de que sabía muy bien que violaba el tal decreto. Pero cierta noche, Jacinto Marismas, uno de mis mejores amigos sansueñenses, me llevó a la Oficina de Tramitaciones de Títulos Nobiliarios del Ministerio de la Otorgación, y me mostró el expediente del Marquesado de Charnela, que hallábase en discusión. Me sumí, pues, en el papelamen -unos dos mil folios a un espacio-, pero Jacinto me observó que no perdiera el tiempo y que me limitara a leer sólo un resumen, y, por supuesto, la sentencia por la cual se confirmaba el título de marqués de Charnela, y no precisamente a Butapichón Charnela. Jacinto me sacó una copia fotostática de la sentencia del Tribunal Aureo del Reino, copia que me llevé a mi pensión, y leí sin perderme una palabra.

Comenzaba así:

"Se discute el derecho al marquesado de Charnela. Don Florencio Butapichón Charnela demanda, ante el juzgado de Cascajorro del Obispo, a don Jesús Jeremías Charnela y Desdeñaperros, sobre el título nobiliario de marqués de Charnela. La demanda se basa en que el título es de los llamados de aspiración mortal, y el señor Butapichón Charnela descende de la misma tía de la cual el señor Charnela y Desdeñaperros dice descender. Por tanto, entiende el primero que posee mejor derecho a ostentar dicha merced, pues Charnela y Desdeñaperros jamás ha descendido de dicha tía, la cual recibió legítimamente el antedicho marquesado",

Mientras me imaginaba al Fundador de la República de Cinta, seguí abismado en la lectura:

"El representante de don Jesús Jeremías Charnela y Desdeñaperros alegó que no estaba probada documentalmente la exactitud del árbol genealógico presentado por don Florencio Butapichón Charnela, por muy ilustre que fuera el apellido Butapichón, que proviene de un cacique cinteño que se cargo a más de cinco mil sansueñenses en las guerras de la Conquista; que don Jesús Jeremías Charnela y Desdeñaperros era el legítimo sobrino de la tal tía, la cual, poco antes de morir, y como no tuviera descendencia, había, por sentencia de adverso, reverso y contrarreverso, instituido a su sobrino Jesús Jeremías como aquel que, con todo derecho, podía usar el título de marqués de Charnela; que esto constaba en la Sala Gualda del Ministerio de la Otorgación, y, además, en las actas de Cascajorro del Obispo, donde la tía había finado".

Proseguí:

"Don Florencio Butapichón Charnela, el demandante, pidió la anulación de aquel testamento, pues consideró que no era legítimo si se consideraba que la tía lo había dictado en su lecho de muerte; que la muerte había sido súbita; que en Sansueña no se aceptaban testamentos dictados de esa manera, y que, además, la dicha tía no era tía de Jesús Jeremías. Y que no hay tu tía.

"Don Jesús Jeremías Charnela y Desdeñaperros aseguró, con papeles en la mano, que la tía era su tía; que el testamento era válido aunque hubiera sido dictado a las puertas de la eternidad, y que ninguna disposición del Reino distinguía entre un título dado antes de una muerte lenta o un fallecimiento de súbito.

"Apelada la causa ante el Tribunal Aureo, éste dictó sentencia diciendo que el título correspondía a Jesús jeremías, y no a Florencio, pues éste no había podido demostrar la línea de sucesión, por el hecho de haberse apoyado en el testimonio de un libro de los llamados nobiliarios que carecen de fe pública; que, finalmente, el Tribunal no podía conceder el marquesado a Butapichón Charnela, incluso en el supuesto de que éste tuviera razón, pues el Tribunal Aureo de Sansueña no puede aceptar que un republicano pretenda un título que está manchado por la sangre de cinco mil sansueñenses. Y, por lo tanto, declara no haber lugar a la demanda de don Florencio, y absuelve a don Jesús jeremías, que seguirá usando el título de marqués de Charnela por los siglos de los siglos amén".

Así las cosas, llamé por teléfono a mi amigo Marismas, y le pregunté si todo estaba oleado y sacramentado. Jacinto, que es un tipo muy fino y la mar de salado, me dijo que tal vez, que quizá, que quién sabe, y que todo estaría oleado y sacramentado desde el punto de vista del Tribunal Aureo; pero que en Sansueña se hacía lo que al Monarca le venía en gana, y que si Butapichón Charnela camelaba a Su Alteza, que a lo mejor. Con cierta sonrisa sardónica y mefistofélica, Jacinto me agregó que el Rey no tenía un pelo de tonto, y que no lo decía porque era calvo, y que nanay, es decir, que Butapichón Charnela podía irse con la música a otra parte. Me aseguró que lo sentía mucho por Florencio, pues le caía simpático, y que rogaba para que, cuando conociera el fallo, no le diera el telele.

Florencio Butapichón Charnela fue a hablar treinta y cinco veces, a lo largo de un año, con el Monarca, y el Monarca le dijo cinco veces que quizá, que tal vez, que quién sabe, que a lo mejor, que era posible, que, ¿por qué no dar ese título?, que lo pensaría, caramba qué bellas son las cinteñas, que podría ser posible, y tal.

El Monarca, que es muy sabio, llamó entonces al Ministro de la Otorgación, y le dictó un decreto cuyo texto me permito transcribir al lector:

"En el Reino de Sansueña no podrán usarse, so pena de inmersión en pasta de celulosa hasta el mismísimo morir, e introducción oral de lambrequín al rojo vivo, aquellos jeroglíficos que anuncian la republicaneza de los antepasados, republicaneza que muchas veces es conferida por servicios que atentan contra la dignidad humana. Este Reino no reconoce más dignidad ni da más honores que aquellos que brotan de la virtud y el mérito".

Fillo de Runcamanqui

-Viene el viento del norte -me dijo el roble.

Abro los ojos: las nubes, en las noches de luna llena, comienzan lentamente a moverse. Allá, en la cordillera, me mojaban la cara. Las nubes me recuerdan algo que he perdido.

-Pronto llegará la lluvia.

Sólo recuerdo que he despertado de un profundo sueño, al pie del roble. Los árboles, los animales, el viento y el agua me aseguran que estoy desnudo, pero nunca me han sabido decir qué es eso.

Recuerdo, en la caverna de la cordillera, el rumor de la lluvia que se transforma, poco a poco, en plumas y lágrimas blancas: comienza a nevar profundamente. Nevaba en mi sueño. El sueño es como correr bajo un campo nevado: la nieve del sueño es tibia como una caverna. Hay una sombra que me toma en sus brazos: sé que me protege, y se mueve alrededor del fuego, que es como el ojo del Búho. Las llamas proyectan esa sombra contra unos muros.

-Acabas de despertar -dice Pensógenes, el Búho desde el roble.

-¿Qué es despertar? -le pregunto.

Se queda inmóvil atento: sus grandes ojos se clavan en mí. De cuando en cuando mueve una pata.

-El sueño es como un río muy hondo -agrega-. Y en el sueño se ve lo que fuimos y lo que seremos.

El potrero es una luna dorada bajo la luna, y el sueño es entrar en un río. El Búho se mete en un hueco del tronco. Luego regresa donde estoy.

-Búho, Búho, Búho -repito-. Te llamabas Búho...

-Hasta aquí llegaron, hace muchos, muchos años, unos hombres que venían del otro lado de la Tierra, y pusieron nombres a las aves, y a los animales, y a las plantas, y a los ríos, y a las montañas. . . -continúa el Búho-. ¿De dónde vienes tú? ¿Por qué no hablas como lo hacen los hombres que yo conozco?

-No sé de dónde vengo.

Pensógenes voló alrededor del roble, descendió y vino a posarse sobre mi hombro.

-Eres muy extraño: no hablas, y te escucho, sin embargo. Te siento como si tu voz entrara en mi cabeza. ¿Quién eres?

-Te vi, y supe, de inmediato, que te llamabas Búho: Pensógenes, el Búho, el de los Ojos Vigilantes.

-No tienes plumas, como yo. No tienes garras, como el gato montés. No tienes pétalos, como el copihue, y sabes cómo hablan. No tienes alas, como la bandurria que anuncia la lluvia. No tienes antenas, como Cerambio, el Insecto. Te pareces y no te pareces a los hombres. No eres nube, y sabes cómo ellas conversan. No hablas, y eres capaz de expresarte en nuestra lengua. ¿Cómo te llamas?

Y volando llega hasta mi hombro, rozando una de mis orejas.

Busqué, otra vez, el sueño que había tenido en la caverna -casi al amanecer, cuando la cabeza de puma del sol surge sobre la Cordillera-, y traté de recordar qué había soñado, dónde estuve esa noche. Pero me fue imposible.

-¿Qué estabas haciendo cuando despertaste? -preguntó Pensógenes.

-Estaba tendido cerca de la boca de la caverna, y sentí que algo subía por mi mano.

-¿Qué era?

-Movía rápidamente sus patitas: su cuerpo, fino y alargado, corría y corría sobre mi mano. Me miró, y me dijo: "Abre bien los ojos. Me llamo Cerambio, el Insecto, y desde ahora seré tu compañero".

Pensógenes se movió nervioso.

-Entonces oí que alguien me llamaba en el sueño. La voz me ordenaba algo. Sobre la boca de un volcán brillaba un fuego tan redondo como tus ojos, Pensógenes. Y de súbito, el fuego comenzó a girar, a girar y a girar, y se elevó velozmente sobre el cielo.

-¿Y qué más?

-No puedo recordar más. Creo que alguien borró de mi memoria eso, y me hizo creer que todo había sucedido en el sueño.

-No fue en el sueño. Eso fue hace ya mucho tiempo.

Pensógenes voló hasta el roble, se introdujo en su casa, y pronto surgió de él trayendo algo parecido a una hoja blanca. Me la entregó.

-Los hombres la llaman papel -explicó.

Sobre el papel había unas líneas sinuosas, como las que traza don Treta, el Zorro, cuando quiere despistar a quien lo persigue. Y unos círculos del color del fuego. Y unas como ramitas negras.

-No sé qué es esto, Pensógenes.

-Sí lo sabes. Dime lo que dice allí.

-No puedo.

-¡Sí puedes! -exclamó, colérico, Pensógenes-. Hazlo. Puedes hacerlo.

La hoja de papel pesaba en mi mano como una roca.

-No, no puedo -insistí.

Pensógenes me dijo:

-Ven. Sígueme, entonces.

Y cuando llegamos a un valle, después de una noche de camino, vimos cómo surgían muchos limoneros.

El Búho ordenó:

-Dime qué dice el papel.

Sentí como si alguien me desgarrara la piel.

-Fillo. . . -Te llamas Fillo -dijo el Búho-. Fillo...

-Me llamo Fillo. Fi-llo -repetí-. Pero, ¿de dónde vengo?

-No había querido decírtelo hasta ahora. Pero vi el fuego redondo. Vi cómo descendía del cielo, y cómo de él bajaban unos hombres. Eran hombres parecidos a los que habitan allá abajo. Descendieron cerca de la caverna, y allí te dejaron. De esto hace ya diez años, según miden el tiempo los hombres.

-¿Conoces a tus padres?

-Sí. Pero murieron.

-¿Y dónde están los míos?

Pensógenes alzó la cabeza, y miró a las montañas:

-Tu madre...

Me sentí, de nuevo, en el sueño, y un resplandor giró dentro de mi cabeza.

-. . . murió cuando tú naciste.

-¿Y mi padre?

-No sé. Puede que haya regresado al fuego circular. Puede que no...

Repetí mi nombre:

-Fillo, Fillo, Fillo...

Y el viento, la Cordillera, los volcanes, el río y los limoneros lo escucharon por primera vez.

Entonces apareció el Zorro.

Veo, ahora, mi mano sobre la cola del Zorro. Don Treta ha volteado su cabeza para mirarme, y sé que no me hará daño: El Zorro se acerca a lamerme la mano..

-Deberías tener cuidado, Fillo -aconseja el Búho-. Don Treta es peligroso. He visto cómo ataca a otros hombres...

Me tiendo al pie de una pequeña cascada, y el Zorro viene a acompañarme. Se acuesta a mis pies, mientras Pensógenes vuela a la rama de un arrayán. Don Treta hunde el hocico entre sus manos. y mueve ceremoniosamente la cola, mientras mi mano pasa y vuelve a pasar sobre su pelaje plateado.

-No te fíes -dice Pensógenes.

Pero el Zorro cierra los ojos, suspira, y sigue moviendo la cola.

-¿Por qué habría de hacerle daño? -explica don Treta al Búho, que sobre el arrayán mueve muy nervioso sus patas-. Fillo es ya mi amigo.

-¿Sabes dónde está mi padre? -pregunto al Zorro.

Se ha sentado, y mientras trata de recordar, la luna comienza a surgir sobre las montañas.

-¿Tu padre? Yo te ayudaré a encontrarlo.

-Y yo también -dice Pensógenes. Y desciende del arrayán para detenerse sobre mi hombro.

-Vamos -dije-. Pero antes de salir a buscarlo, volvamos a la caverna.

-Lo primero que habrá que averiguar -dijo Pensógenes- es qué ocurrió con el fuego que subió al cielo. El cóndor puede saberlo...

-O no -agregó don Treta-. No me gusta mucho el tipo ése: es muy arrogante. Repite, una y otra vez, que no se llama cóndor, sino manqui, y que todas estas tierras son su casa. Por eso habla de su Rucamanqui. Y, además, me molesta su gorguera blanca...

-Y tú lo dices -sonrió Pensógenes-. Ves la paja en el ojo ajeno, y no la viga en el propio. Bueno: vamos allá.

Entonces apareció Cerambio.

-¿Quién te llamó aquí? -preguntó el Búho.

Cerambio movió sus larguísimas antenas, y de improviso alzó el vuelo cruzando cerca de Pensógenes.

-Eres muy sabio -dijo Cerambio-, pero muy majadero. -Y señalándome agregó-: Yo sabía que

Fillo necesitaba mi ayuda. El viento me trajo su nombre y su mensaje. Busca a su padre, ¿no es cierto?

-Así es -dijeron al mismo tiempo don Treta y Pensógenes-. Y nosotros le ayudaremos a encontrarlo...

-Vamos, entonces -dijo Cerambio, devorando, al pasar sobre el pétalo de un copihue, una gota de rocío.

Don Treta, Pensógenes y Cerambio sienten frío, y esperan que yo les encienda el fuego. Ha comenzado a llover. Estalla la tempestad: corren en el cielo las piedras del trueno, y los rayos se clavan en la montaña. Allá, en la ladera, cae un rayo sobre la copa de un raulí. Recojo algunas ramas secas que están en el fondo de la caverna, y las miro durante mucho tiempo hasta que surgen las llamas. Don Treta y Pensógenes observan asombrados, alrededor de las llamas. Cuando las llamas se hacen más intensas, don Treta se frota las patas de puro contento; Pensógenes mueve sus plumas, y Cerambio me hace cosquillas con sus antenas, señal de agradecimiento.

-Mañana partiremos -dice Pensógenes-. Y si no lo encontramos en las montañas, bajaremos a los potreros. Y si allí no está, iremos hasta las casas de los hombres.

El Zorro se relamió los bigotes.

-Y nos serviremos algunas gallinas...

-Tú siempre pensando en las gallinas -señala el Búho-. Siempre, claro está, que no se trate de gallinas negras con trece pollitos.

Don Treta se estremeció.

Cerambio temblaba.

Pensógenes caminó, pensativo, hasta la entrada de la caverna: voló hasta un coigüe, y escondió la cabeza debajo de sus plumas.

El Zorro se tendió sobre mis pies, y me dijo con cierto temor que se reflejaba en un pequeño temblor de su hocico:

-¡Y la gallina negra con trece pollitos! Ojalá que no la encontremos en nuestro camino...

Me levanto y salgo de la caverna. La tempestad amaina. Comienza a soplar el viento del sur.

Brilla el ojo de la luna. Y alguien me llama desde muy lejos, desde las casas de los hombres:

-Fillo. . .

Hemos salido de noche. EL Búho va sobre la espalda del Zorro, y a cierta distancia lo sigue, volando, Cerambio, fino como el agua del estero que cruzamos: la luna pone extraños reflejos sobre su cuerpo, y de cuando en cuando emprende el vuelo en compañía del Búho. Bajamos por un pequeño sendero. La luna queda oculta detrás de un coigüe, hacia donde Cerambio vuela para despedirse de su mujer, de sus hijos y de sus padres, que están muy viejos. Comienza a llover. La lluvia, débil al comienzo, cae después con más intensidad: brilla la cola del Zorro, y se hace dos veces plateada con la luz de la luna. Cerambio me ha pedido permiso para dormir bajo mis cabellos.

El Zorro, de improviso, se detiene. Aguza las orejas. Mueve la cola rítmicamente.

-Hay algo allí. Detrás de ese maitén -advierde.

Un leve rumor de hojarasca pisoteada.

Pensógenes se mantiene atento. Vuela hasta llegar a mi hombro, y me susurra en la oreja:

-Es un niño.

Entre las ramas aparece un rostro.

-¿Quién eres? -le pregunto con la mirada.

No me ha contestado. Levanta su mano derecha, y con uno de sus dedos indica algo que debe estar cerca de sus pies.

Cerambio baja, rápido, por mi sien, y me dice:

-Aquí hay un entierro.

El Búho afirma con la cabeza.

-¿Sabes quién soy yo? -pregunto al niño.

Con los ojos ha dicho mi nombre.

-Los hombres del fuego me lo comunicaron.

-¿De dónde vienes? ¿Sabes a quién busco?

Su respuesta me ha llegado de inmediato.

-No te diré de dónde vengo. Pero hace muchos años vi a otros hombres bajar del fuego redondo, y te dejaron allá, cerca de la caverna...

-El Búho -interrumpo- cree que mi padre volvió con ellos.

-Pensógenes es un sabio, pero no sabe más que lo que yo sé...

Desde la otra orilla del estero, don Treta me advierte:

-Aquí cerca tiene que haber un entierro. Justamente donde está el niño. Puede haber monedas, muchas monedas -afirma con los ojos brillantes-. Detengámonos aquí.

Cuando voy a contestarle que no, el niño desaparece.

La noche avanza sobre los esteros y las montañas. Arranco de un roble algunos digüñes, recojo avellanas, frutillas y huevos de codorniz, y me preparo a comer. Don Treta, Pensógenes y Cerambio han salido a cazar. Luego de beber en el arroyo, el mundo comienza a transformarse: apoyo la cabeza sobre el tronco de un peumo, y entro en el sueño. Toda la tierra y los bosques parecen, entonces, iluminarse.

¿Dónde está mi padre?

Búscalo, me dice la zarzamora.

Búscalo, me piden los arrayanes.

Búscalo, me grita, desde la Cordillera, el cóndor.

Búscalo, canta un laurel mientras se inclina sobre mi sueño.

Y yo me desprendo de mi cuerpo: soy el laurel, y el arrayán, y la luna, y siento cómo me hundo en las profundidades de la tierra. Y vuelo sobre las montañas, porque soy el cóndor. Y desde arriba los bosques de pinos se ven tan oscuros y tiernos como las noches. Y soy el agua que cae desde la vertiente. Y el puma que baja hasta las casas de los hombres. Y una espiga de trigo del potrero, y el sol que lo cubre...

¿Dónde?

Cuando despierto, veo que don Treta está frente a mí. Me mira aterrorizado.

Por el sendero avanza un enorme perro negro.

Temblando, el Zorro se pega a mí. Y cuando paso la mano sobre su cabeza, siento que sigue estremeciéndose.

-Es el Cachudo -advierte.

El perro camina lentamente hacia nosotros. De su piel brota una luz sangrienta; sus ojos brillan como soles pequeños, y su lengua está rodeada por un nimbo luminoso.

-¿Dónde van? -pregunta.

-¡Aléjate! -me susurra don Treta. El Zorro corre rápidamente, y se pierde en el bosque.

-¡Huye! -insiste Pensógenes desde la copa de un roble-. Te condenarás si lo tocas. ..

Las nubes han cubierto la luna. La oscuridad se hace más intensa. El perro viene hacia donde estoy, y escupe un líquido fosforescente.

-¿Dónde vas? ¿Qué buscas? ¿No sabes que por aquí no se puede pasar? ¡Contesta!

Le digo a Cerambio que se le acerque. Y él, que es tan rápido como el viento del sur, vuela un poco y se enfrenta al perro.

-¿Quién eres? -pregunta.

-Soy Cerambio. Y tú, ¿quién eres?

El perro vacila, y asombrado pregunta:

-¿No me conoces? Soy el Malo.

-¿Quién?

-¡Soy el Diablo!

-Y eso, ¿qué es? -interroga Cerambio, que sigue volando alrededor del perro.

El perro escupe con desprecio.

-Necesito saber qué hacen ustedes aquí, y qué buscan.

-Buscamos al padre de Fillo. . .

-Bajó desde el fuego redondo -explica el perro-. En vano lo buscan. Volvió al fuego redondo, que subió al cielo...

-¡Mentira! -exclama el Búho-. Eso sólo Dios lo sabe.

-Dios es un envidioso. Yo sé más que él.

El Búho voló alrededor de la cola del perro, y éste giró en redondo para tratar de alcanzarlo.

-Tú no puedes saber más que Dios -aclaró Cerambio-. Eres un mentiroso. Y además un perro hediondo.

El Zorro, al cual ya se le había pasado el miedo salió del bosque. Me acerqué al perro, y retrocedió. Me acerqué aún más, y siguió retrocediendo. Su luminosidad comenzó a disminuir. El Búho trazó, entonces, en el aire de su vuelo, una cruz.

El perro negro se esfumó.

Comenzó a amanecer.

Y pasaron días y noches, noches y días, y preguntamos a las flores y a los pájaros y a los ríos y a la lluvia y a la luna y a todas las cosas que nos rodeaban dónde estaba mi padre. Pero no supieron decirnos dónde se encontraba.

Hasta que un día Cerambio, que tiene su casa en el coigüe y se alimenta de rocío, regresó para indicarme que debíamos bajar hacia donde el sol desaparece. Y después de una luna vimos, desde lejos, cómo surgía el humo de las casas de los hombres, y uno de ellos cruzó cerca de nosotros sobre un caballo negro, mientras lo observábamos escondidos detrás de unos cromos. Luego pasó otro, y otro, y otro. Y los hombres eran seguidos por muchos perros. El Búho y el Zorro desaparecieron. Sólo Cerambio me acompañaba.

-Voy a ver de qué se trata -me advirtió.

Y voló hasta perderse en el atardecer.

Me tendí a la orilla de un estero, y luego de comer un puñado de avellanas, me quedé dormido.

Al amanecer, Cerambio me despertó:

-¡Huye rápido! ¡Los hombres te buscan con lazos y perros y caballos...!

Un brazo muy largo, que salía de un hombre que cabalgaba, me apretó la garganta, y me derribó.

Escuché voces que decían:

-¡Cuidado, que puede ser peligroso! ¡Amárrale las manos a la espalda!

-¡Llévenselo laceado hasta las casas...!

Me levanté con gran esfuerzo. El brazo seguía atado a mi cuello. Tropezando y tropezando, me arrastraron.

-Qué cosa más rara. Los perros no lo han mordido... -dijo uno.

-Incluso parece que lo conocen -agregó otro-. Y es mudo.

Oí el grito del Búho. Me decía que no intentara atacarlos, que me quedara quieto.

¿Y por qué habría de atacarlos?

Cuando llegamos a las casas, después de atravesar potreros y cruzar cercas y caminos flanqueados por álamos que, por primera vez, no supieron hablarme, me desataron y me observaron silenciosos durante un rato.

-No es peligroso -dijo uno de ellos alto y ,con el cabello blanco, que parecía mandar sobre los demás-. No lo molesten. Tráiganle una camisa, un pantalón. Y comida.

Un niño se adelantó, y avanzó hacia donde yo estaba: me tendió algo parecido al reflejo de la ¡una en el agua, abierto por arriba. Olía bien.

-Es harina tostada -me dijo Cerambio-. Cómela: es muy buena. Y cuando la comas, guárdate esa que se llama lata...

Metí los dedos en ella, pero el niño me sujetó la mano, y me pasó una cosa que él llamó cuchara y que está hecha con la carne del árbol.

Tenía mucha hambre, y comí rápidamente. Sentí, entonces, el sol en mi boca, y recordé un campo de espigas que ondulaban bajo el sol.

Pero algo se había desmoronado en mí, como un árbol que cae derribado por el rayo de la cordillera.

El niño llega cerca del roble, en cuyo tronco estoy apoyado.

-¿Por qué no hablas?

-No sé hablar, pero sé que entiendes lo que te digo.

El niño me miró asombrado. Sentí que no me tenía miedo, como los hombres que me habían traído amarrado.

-¿Cómo te llamas?

-Fillo.

-Oigo tu voz aquí.

Y señaló su cabeza.

-Buscas a alguien, Fillo.

-¿Cómo lo sabes?

-No sé. Nadie me lo ha dicho...

-Tal vez el Búho. ¿O el Zorro?

Cerambio salió volando desde mi oreja, giró alrededor del niño, y se detuvo sobre una de sus manos.

-Qué lindo es. Parece un príncipe -dijo el niño sonriendo.

-Es un príncipe.

-Y tú, ¿hablas con él?

-Sí. Y con el Zorro, y con el Búho. . .

-A veces yo también lo suelo hacer: converso con el Búho, cuando viene a pasar unos días a mi casa. Pero no me contesta como tú. Sin embargo, una noche sentí que alguien me hablaba desde la Cordillera. ¿Vienes de allá?

-Allá me dejaron. Mi madre murió, y mi padre desapareció. Lo busqué por todas partes. Pero no lo he encontrado.

-Cuando duermo -explicó el niño- suelo sentir con más fuerza esa voz. Y la voz me dice que un día alguien vendría desde la Cordillera y me hablaría conmigo sin que moviera la boca ...

-¿Cómo te llamas?

-Rubí.

-Y eso, ¿qué significa?

-Es una piedra preciosa. Tiene mucho valor. Y los hombres la buscan.

-¿Cómo las piedras de las montañas? ¿Cómo las piedras que corren en los esteros?

-Los hombres dicen, Fillo, que esas piedras no tienen ningún valor. Pero yo sé que lo tienen. No hay nada más bonito que una piedra de río, sobre todo cuando el sol de la tarde la toca. Parece de oro...

-Es de oro. Y son también de oro los campos de trigo, y los ojos del sol, y la fina lluvia de los aromos. . .

-¿Quieres venir a mi casa? Allí podrás dormir.

-Me quedaré aquí, al pie del roble.

-¿Toda la noche?

-Toda la noche, y la noche que sigue, y la que siga...

-¿No sientes frío?

-¿Qué es el frío?

-Duermes, a veces, a pleno sol. ¿No sientes calor?

-¿Qué es el calor?

-¿No te enfermas?

-¿Qué es la enfermedad?

-¿Quieres que te traiga de comer?

-Gracias. Ya comí.

-¿Qué comes?

-Frutillas, digüeños, pétalos de copihue y brotes de quila. Avellanas. Y, ahora, esa harina tostada que tú me traes.. .

-Me gustaría acompañarte, y salir contigo a buscar a tu padre. ¿Vendrá el Búho?

-Y el Zorro. Y Cerambio.

-El Zorro no puede venir aquí. Lo matarían. El Búho, sí. Y Cerambio, el príncipe.

Cerambio alzó el vuelo, tocando, luego, con sus largas antenas, la frente del niño. Y volvió al refugio de mi oreja.

-¿Me lo prestarías por esta noche?

-Cerambio es libre. Si él lo quiere, irá.

Se frotó sus antenas, señal de que estaba muy contento, y voló a posarse sobre la cabeza de Rubí.

-Hasta luego, Fillo. Mañana nos veremos.

Y se alejó por el potrero.

Cerambio me saludó desde la cabeza de Rubí.

-Está jugando con el trompo que le di -dice el niño.

-Pero el trompo no existe -contesta el padre.

-Mira cómo lo coloca en su mano, y el trompo gira... -agregó Rubí.

-¿No estará loco?

-Fillo dice que lo ve. Que ve la cuerda. Que siente la punta sobre la mano. Y yo veo el trompo...

-Rubí: anda a acostarte, y déjalo solo. Parece que va a llover. Está norsteando.

-Déjame un ratito más...

-Bueno, pero no demasiado. ¿Comió ya?

-Sí, papá. Le di harina tostada. Le gusta mucho.

Girando sobre la copa de un roble, gritan dos bandurrias, y vuelan hacia la Cordillera.

Rubí cuenta:

-Fillo busca a su papá. Y lo acompañan un Zorro, un Búho y un Insecto. Y conversa con ellos. Y ellos le ayudan a buscarlo...

-¿Y tú también lo ayudas?

-También.

-Haces bien, Rubí.

Y se aleja hacia su casa.

Entonces aparece Pensógenes, y se detiene sobre mi hombro.

-Mala noche será ésta -sentencia el Búho.

Cerambio, detrás de mi oreja, me advierte.

-Presiento que don Treta está haciendo de las suyas. Allá en el bosque de pinos. Vamos rápido.

A la entrada del bosque, veo al Zorro: sé que va a atacar. Baja la cabeza, husmea la tierra. A poca distancia hay un ciervo niño. Se siente perdido, y retrocede. Don Treta se detiene, fija los ojos en el ciervo, mueve la cola, y avanza un poco.

Cuando nos acercamos, el Zorro me saluda como si no hubiera pasado nada. El ciervo corre a mi lado.

-¿Qué haces aquí? -pregunto al Zorro.

-Nada: daba un paseo, nada más.

-¿Ibas a atacarlo, no?

Don Treta encoge la nariz, y me mira maliciosamente:

-Nada de eso. Te repito que sólo vine a dar un paseo. Y cuando me encontré con él, quedé maravillado. ¡Es tan bonito, tan indefenso! ¡Qué hermosos ojos tiene!

-Tengo miedo -susurra el ciervo.

-Don Treta no te hará nada. Quédate tranquilo.

-¿Se hará amigo mío? -interroga.

-Para toda la vida -le aseguro.

Don Treta se acerca al ciervo, se sienta, y lo mira:

-¡Lástima! -exclama.

-¿Por qué? -pregunta Pensógenes.

-Porque ahora que somos amigos -explica el Zorro- no me lo podré manducar.

-Eres un fresco -comenta el Búho.

Indico al ciervo el lugar donde están sus padres.

-Anda. Te están esperando...

Se va corriendo y saltando bajo la lluvia fina que comienza a caer.

Y nos internamos en el bosque.

La noche llena los pinos de sonidos. En un claro del bosque cruza una gallina negra seguida de trece pollitos.

Don Treta queda paralizado.

-Tu comida está servida -dice Pensógenes, riéndose-. ¿Qué esperas?

Cerambio no se atreve ni siquiera a asomar una antena, detrás de mi oreja.

-A ti también te gustan las gallinas y los pollos -replica don Treta-. ¿Por qué no los atacas y te los comes?

La gallina y los pollitos están inmóviles en el sendero: parece como si se hubieran convertido en piedra.

-¿De dónde vienes? -pregunto.

-Del infierno.

-Y eso, ¿qué es?

La gallina, asombrada, no contesta.

-¿Has visto a mi padre?

La gallina alza la cabeza: en ella brilla una luz rojiza y destellante. Sus plumas se encienden.

Ha dejado de llover.

-Me preguntas por tu padre: él no pertenece al reino del perro negro. Pero sé que lo encontrarás cuando mueras...

El Zorro, asustado, se pega a mis piernas.

-¿Por qué no me tienes miedo? -me pregunta la gallina.

-¿Y por qué habría de tenerte miedo? Eres una gallina que cuida sus pollitos.

-Y algo más. Algo más...

A lo lejos canta un gallo.

Me encuentro súbitamente tendido a la puerta la casa de Rubí. El sol brilla.

Otro verano ha comenzado.

Pensógenes me ha dicho que, desde nuestro primer encuentro, ha pasado mucho tiempo, y el sol ha dado varias vueltas alrededor de la Tierra. Me agrega que se sorprende de no haber envejecido. Los hombres, me cuenta, miden los soles a través de unos ojos luminosos sobre los cuales hay unas patitas que giran, giran y giran muy lentamente. Y podría seguir buscando a mi padre durante eso que se llama mucho tiempo, sin encontrarlo, y lo seguiría buscando con la ayuda de mis tres amigos. Y don Treta no se explica cómo Cerambio, que ya debía haber muerto de viejo, no ha muerto, y que de seguro ese hecho tan extraordinario se debe a que es mi amigo. Y él, don Treta, piensa que como yo no sé qué es el tiempo, a mi lado no se envejece.

Rucamanqui es tan grande, para mí, como la Tierra. Pero ahora comprendo que aunque buscara a mi padre por toda ella, tampoco lo encontraría.

Sólo tengo mi tarro, mi cuchara de carne de árbol, mi trompo que baila bajo la luz de la luna. Y Rubí, que nunca me ha abandonado. Ahora que ya es un muchacho, me ha dicho que se siente solo, pese a mi compañía.

Los hombres me han enseñado algo que nunca antes conociera: eso que ellos llaman soledad.

Sobre la colina del cementerio, en la noche de luna llena -mientras el viento sopla fuertemente desde el sur, me azota la cabeza y me levanta el cabello- he visto que un hombre avanza hacia mí, llevando en la mano una botella brillante. Se arrodilla como he visto que se arrodillan los hombres para invocar al Dueño del Cielo. Se ha levantado, y veo que tambalea. Con una mano levanta la botella, y con la otra traza torpemente, sobre la tierra, una cruz.

-¿Qué estás haciendo? -le pregunto.

Se yergue, sorprendido.

-¿Cómo te oigo si no abres la boca? Te siento aquí en mi frente, y no me has dicho una palabra.

-¿Qué haces aquí? -pregunto.

Vacila, y contesta:

-Busco... a ... mi muerto. Mu-er ... muerto -repite, y bruscamente se sienta sobre una piedra-. Y para conversar... con... él... necesito tomar vino. ¿Quién eres tú? -Deja la botella sobre la tierra, y me mira con ojos perdidos-. Ah: tú eres el Fillo...

El viento sopla cada vez con más fuerza.

Entonces llega el Búho.

-Una vez al mes -me explica- viene aquí a conversar con su hijo muerto. En las casas de la hacienda cuentan que está loco. O que son disculpas para emborracharse...

Y sé que ahora mi padre vendrá.

Pensaba que no lo encontraría, pero ahora sé que tiene que venir, pues hoy, en la noche, por primera vez, he sentido frío. Me levanto, y voy en busca de Rubí. Lo despierto y le pido que me preste una manta. Nunca la había necesitado cuando dormía afuera, desnudo.

Rubí me pregunta:

-Tú nunca has sentido frío. ¿Por qué lo sientes ahora?

No le contesto, y me limito a tomar la manta y a ponérmela. Y salgo de la casa.

-¿Dónde vas? -pregunta el Búho.

-¿Dónde vas? -repite el Zorro.

-¿Por qué sientes frío? -interroga Cerambio.

El trueno arrastra rocas a lo lejos. Y oigo el rumor de la lluvia, el olor de la tierra mojada y el silencio que siempre viene después de la lluvia.

Desde el roble, una voz me dice:

-Fillo. . .

Estalla la tormenta. El cielo es cruzado, una y otra vez, por las rápidas piernas del rayo.

La lluvia cae tan intensamente que no veo a dos pasos de donde estoy. Viene la escarcha: sopla el viento con enorme furia. Sólo Cerambio me acompaña, pues el Zorro y el Búho han desaparecido. Y no puedo hablar, como lo hacía antes, con el roble, y con Cerambio, y con la lluvia, y con el viento...

-Cerambio, ¿me escuchas?

Y aunque sé que está detrás de mi oreja, no contesta, porque no ha oído mi voz.

-¿Me oyes, Cerambio? -repito.

Y nadie responde.

Escarcha, ¿por qué me clavas?

Viento, ¿por qué me atacas?

Lluvia, ¿por qué caes sobre mí?

Frío, ¿por qué te siento ahora?

La noche se ilumina lentamente. Lejos, siento una tibieza que llega cada vez más cerca de mí y me envuelve. Y el frío desaparece de mi cuerpo y sobre el roble se enciende un círculo de luz.

-Fillo. . . -siento que dicen a mi lado.

Y alguien me quita la manta, me levanta en los brazos, y me lleva. Pero antes de subir hacia el círculo de luz, deja caer un papel.

Y sé que, por fin, he encontrado a mi padre.

A la mañana siguiente, el Zorro olfateó el cuerpo helado. Se dio vuelta y dijo al Búho.

-Está muerto.

-Anoche vi cómo el fuego redondo descendía del cielo y se detenía sobre la copa del roble. Un hombre bajó de él -explicó tristemente el Búho.

Cerambio voló, entonces, desde la fría oreja de Fillo hasta perderse en el cielo azul de Rucamanqui.

A Sergio de Ferrari y Vittorio di Girolamo

El Hombre Invisible

Hace muchos, muchísimos años, en una tarde invernal, mientras caía intensa nevada, el Hombre Visible llegó a un albergue situado en los confines septentrionales del reino de los Hombres Invisibles. Pidió una habitación y una copa de coñac al dueño del albergue. Y cuando éste la hubo traído, sentóse a descansar a la orilla de la chimenea, donde ardía un hipnótico fuego.

Esa noche durmió sin sobresaltos. Pero a la mañana siguiente, cuando desde el baño vio cómo, por manos invisibles, la cama se hacía sola; y cuando, a la hora del almuerzo, bajó al

comedor, y observó cómo los platos, los cubiertos, las copas y servilletas volaban por los aires, se sintió, si no sorprendido, por lo menos desconcertado. Al fin y al cabo, el Hombre Visible sabía en qué país estaba y quiénes lo habitaban. Pero fue una extraña sensación sentir que, aunque todo guardaba un orden perfecto, era imposible saber quiénes lo atendían y miraban. Pues, además, hasta ese momento, no había escuchado voces, ni siquiera murmullos.

Salió a la calle. Era un pequeño pueblo que estaba cerca de un largo río, en cuyas orillas crecían abedules. Había en ese pueblo un maravilloso silencio, acentuado por la nieve que caía. El Hombre Visible entró en los almacenes, en los bares, en la iglesia, cuyos techos inclinados brillaban con la luz de la nieve, y recorrió, una tras otra, las casas. Y vio sillas que se arrastraban solas, cepillos de dientes que se movían rítmicamente de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, autos y buses que marchaban sin que nadie los condujera, periódicos que trazaban curvas en el aire, y máquinas de escribir cuyas teclas nadie pulsaba. Observó cómo, sobre la mesa de mármol de un café, había un tablero de ajedrez, sobre el cual se desplazaban caballos, peones, torres y alfiles. Y aunque sabía que detrás de todas esas cosas y movimientos había hombres y mujeres, nunca pudo verlos. Comprendió que, además, no podría hablar con ellos.

Un mes después de haber llegado al pueblo, sintió que alguien le daba una bofetada. Segundos más tarde, una taza voló por el aire y cayó a dos metros de donde se hallaba. Cuando quiso entrar en su habitación, alguien le hizo una zancadilla, y rodó por el suelo. Salió a la calle: lo sujetaron invisibles brazos, y lo lanzaron sobre la nieve, después de golpearlo. Vio cómo su sangre corría sobre la nieve. Y todas las puertas se cerraron, silenciosa e invisiblemente, para él. Sentóse sobre el banco de, una plaza, y se durmió luego de ver cómo, allá lejos, envuelta por las suavísimas plumas de la nieve, se acercaba una niña cantando: una niña visible.

Cuando amanecía, el Hombre Visible abrió los ojos, y miró una de sus manos: había desaparecido. Y luego se esfumaron su otra mano, sus brazos, sus piernas, sus hombros. Cogió un espejo, y trató de buscar su rostro. No lo halló. Se estaba haciendo invisible.

Dos horas después, lo encontraron muerto. A su lado, aún estaba la niña. Brilló el sol otra vez. Pero ahora sobre hombres y mujeres que lentamente comenzaban a hacerse visibles.

A Alfredo Jolly Monje.

[Facilitado por la Universidad de Chile](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

